¿INFIEL?

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

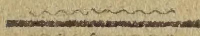
ROBERTO BRACCO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

EUGENIO SELLÉS Y ENRIQUE TEDESCHI

Representada por primera vez en el teatro de la Princesa
el 17 de Diciembre de 1904.



MADRID
IMPRENTA DE «LA BIBLIOTECA ILUSTRADA»
Calle de las Infantas, núm. 42
1904

¿INFIEL?

¿INFIEL?

COMEDIA EN TRES ACTO

DE

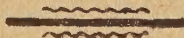
ROBERTO BRACCO

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

EUGENIO SELLES Y ENRIQUE TEDESCHI

Representada por primera vez en el teatro de la Princesa el 17 de Diciembre de 1904.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
Calle de las Infantas, 42.
1904

PERSONAJES

María (Condesa de San Jorge.).......	**María A. Tubau.**
Enrique (Conde de San Jorge.)........	**Francisco Morano.**
Ricardo Sandoval......................	**Francisco G. Ortega.**
Una doncella..........................	**Concepción Catalá.**
Un criado..............................	**Sánchez Bort.**
Otro criado............................	N. N.

ÉPOCA ACTUAL

¿INFIEL?

ACTO PRIMERO

(Sala elegante, puertas en el fondo y laterales. En la habitación, entre otros muebles lindos y modernos, una doble butaca *dos á dos*. Sobre una silla el abrigo, muy lujoso, de la condesa; sobre otra silla un gabán de pieles, y sobre una mesa los gemelos de teatro, los guantes y el bastón del conde. Es de noche. La escena está iluminada por una lámpara colgada del techo, y otra de pantalla colocada en una mesa.)

ESCENA PRIMERA

MARÍA Y ENRIQUE

MARÍA. (*Delante de un espejo y después de haberse mirado en él, durante un rato de silencio.*) ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

ENRIQUE. (*Sentado en una butaca, fumando.*) Qué. ¿El *Lohengrin?*

MARÍA. No; mi *toilette.*

ENRIQUE. Creía que hablabas todavía del *Lohengrin*. Sí, me gusta... Mas ya sabes que yo entiendo muy poco de modas.

MARÍA. Cuando me hagan el retrato de cuerpo entero, lla-

varé puesto precisamente este traje. Es muy artístico; lo aprobará el gran pintor.

ENRIQUE. El gran pintor tiene mucha experiencia... Seguirás sus indicaciones.

MARÍA. (*Continuando á mirarse en el espejo.*) ¿No te parece algo exagerado el escote?

ENRIQUE. Vuélvete. Déjame ver... (*María se vuelve. Él disimula el enojo que le causa el excesivo escote.*) No..., no me parece exagerado.

MARÍA. Mírame á los ojos...

ENRIQUE. Te miro.

MARÍA (*Riéndose.*) ¡Já, já, já!

ENRIQUE. ¿Qué hay?

MARÍA Tus ojos no opinan lo mismo que tu boca; ¿sabes qué me dicen?

ENRIQUE. Oigamos.

MARÍA. Dicen... dicen... ¡Qué indecencia!

ENRIQUE. ¡Mi querida María, no te culpo por ello! ¡La decencia no es más que una diplomacia de las mujeres; porque todo lo que ellas ocultan aumenta su valor. La decencia, pues, no está permitida más que á las muchachas... para encontrar marido!

MARÍA. Pues yo me limito á obedecer á la moda.

ENRIQUE. Pero la moda para las mujeres, la hacen las mujeres.

MARÍA. Y también los hombres; lo sabes.

ENRIQUE. ¡Oh! A lo más los hombres hacen la moda... para las mujeres ajenas.

MARÍA. ¿Lo ves?... ¡Ves como no estás satisfecho!

ENRIQUE. ¡Por Dios, María! ¡Sí, no me obligues á decir lo que no quiero decir!

MARÍA. (*Reprochándole con cariño.*) ¿Y crees que me basta con que digas ciertas cosas? Te equivocas. Deseo que ni las digas, ni las pienses. (*Se recuesta sobre un diván.*)

ENRIQUE. ¡Estas siempre sutilizando, y sutilizas demasiado!

MARÍA. (*Con el acento dulce con que se habla á un niño.*) ¡P...

brecito! ¡Pobrecito! ¿Qué exigen de él? ¿Qué pretenden? (*Pausa.*) Aquí... Cerca de mí... Cerca de esta pérfida esposa... (*Enrique va á sentarse cerca de ella. María acariciándole la barba.*) ¿Ha pasado ya?

ENRIQUE. Quieta...

MARÍA. ¿Ha pasado?

ENRIQUE. ¿Poro qué?

MARÍA. El mal humor, por lo del escote...

ENRIQUE. (*Sonriendo bondadosamente.*) El mal humor pasa... pero el escote queda...

MARÍA. Vamos, cierra un poquito los ojos.

ENRIQUE. Preferiría que los cerraran los demás... Pero por desdicha... (*Suspirando se levanta.*) Dí. ¿No es hora de salir?

MARÍA. Sí, vete.

ENRIQUE. ¿Y tú?

MARÍA. Espero á Ricardo, le he rogado que me acompañe.

ENRIQUE. (*Con indiferencia simulada.*) ¿De manera que... yo puedo irme?

MARÍA. Sí.

ENRIQUE. (*Muy lentamente, toma el sombrero, los guantes, los gemelos y el bastón. Luego de repente los deja sobre un mueble. Después, toma el gabán y se le pone muy despacio; luego vuelve á tomar el bastón, los guantes, gemelos y sombrero.*) ¡Conque, me voy!... (*Deteniéndose.*) Buenas noches, ¿eh?

MARIA. (*Cuando él ha llegado á la puerta del foro.*) Enrique...

ENRIQUE. María... (*Vuelve.*)

MARÍA. ¿Qué hay?

ENRIQUE. ¿No me has llamado?

MARIA. No: he dicho Enrique; así... por cariño; pero no te había llamado, no...

ENRIQUE. Me había parecido.

MARÍA. No; vete... vete.

ENRIQUE. (*Llega otra vez hasta la puerta.*) ¿Y si Ricardo nos viniese?

MARÍA. Vendrá, vendrá... no lo dudes, vendrá.

ENRIQUE. Pero... ¿No sería mejor que esperara yo también?

MARÍA. ¿Para qué?

ENRIQUE. Si por una casualidad él no viniese, te acompañaría yo.

MARÍA. Te aseguro que vendrá...

ENRIQUE. Entonces podríamos ir todos juntos...

MARÍA. (*Con decisión.*) ¡Ah, eso sí que no!

ENRIQUE. No te ofendas; al fin y al cabo no te he dicho nada de particular.

MARÍA. ¡Enrique, Enrique! ¿Qué tienes esta noche? ¿Qué significa esta recrudescencia?

ENRIQUE. ¿Recrudescencia de qué?

MARÍA. ¿De qué? ¿Lo quieres saber de veras? Recrudescencia de ce... los.

ENRIQUE. ¡Yo celoso!

MARÍA. Tú celoso, sí, ¡tú! ¡tú! y eso no está bien. De vez en cuando, mi querido Enrique, te olvidas de nuestro pacto.

ENRIQUE. Al contrario. No lo olvido, lo cumplo lealmente.

MARÍA. No lo cumples.

ENRIQUE. (*Con el pretexto de la discusión, vuelve otra vez contento de quedarse.*) ¡Pues yo te repito que cumplo lo pactado. ¡Sí, señor! ¿Dónde están, dónde están, —veamos—mis terribles celos de que hablas? Tú vas, vuelves, haces lo que te agrada... No estoy nunca cerca de tí... Tienes tu salón lleno de muchachos... Los llevas contigo al teatro, á los paseos, en coche, á todas horas están contigo, con sus grandes alcachofas en el ojal y con sus aires de conquistadores agotados... Te escriben cartas, tú les escribes á ellos; yo no comprendo que tengais que escribiros después de haberos visto cuatro veces en el día... Te rodean, te secuestran, te comen con los ojos, te llaman María, Mariquita, así... como llamarían á una de esas mujercitas, á las que... cuando no pueden tratar de otro modo

se conforman con tratar de tú... ¿Y yo? ¡Yo tan callado! Dejo hacer, dejo decir, sin una observación y con la paciencia de un santo, aguardo á que ellos estén hartos, para acordarme de que soy tu marido. ¿No era este, acaso, el programa de nuestra vida propuesto... es decir: impuesto por tí? ¿Y no me he conformado con él?

MARÍA. A la fuerza...

ENRIQUE. A la fuerza, no; por mi libre voluntad puesto, que concertamos y juré ese tratado de paz futura antes de casarme, y lo acepté no sólo con placer, sino hasta con entusiasmo, porque precisamente lo que más me enamoró de tí fué tu carácter singular, resuelto, estrambótico... Profesas odio instintivo á un enemigo á quien yo tampoco puedo ver: lo vulgar.

MARÍA. Lo aborrezco de muerte. ¡Conque guárdate!..

ENRIQUE. ¡Y tienes un amor que te seduce y arrastra! Lo extraordinario. Por vulgar odias á la vida casera, metódica de la mujer que es la ayuda de cámara de su marido, y el ama de llaves de su casa. Te acepté como eres y te dejé vivir en continua exhibición y fiesta. No puedes quejarte.

MARÍA. Ni tú de mí; y ahí entra justamente mi amor á lo extraordinario. Porque, con esta vida revuelta y alocada, lo extraordinario—casi lo excepcional,—es amar al marido como yo, y mantener firme la fidelidad conyugal en ese vértigo en que muchas caen, y la que menos vacila y se tambalea.

ENRIQUE. Lo reconozco; y por eso mismo quisiera confiarte... un... ¿cómo lo llamaré?... un... un escozor que sufro secretamente. La asiduidad de Ricardo me mortifica.

MARÍA. Un fátuo como los demás que me rodean.

ENRIQUE. Pero menos imbécil que los otros. Antes bien, es simpático, culto; pulido con cierto barniz de arte y de literatura. Además, no se resigna á que se

burlen de él ni á perder el tiempo y la fama de conquistador que le dan.

MARÍA. O se da él.

ENRIQUE. Por esto, Ricardo es un peligro para una mujer honrada.

MARÍA. ¿Y para mí también?

ENRIQUE. Naturalmente. Un hombre no es peligroso si no lo es para toda clase de mujeres.

MARÍA. ¡Y una mujer no es honrada, sino lo es para toda clase de hombres! *(Pausa.)* En fin, ¿para qué discutir?... *(Severa, nerviosa.)* Aunque me importa mucho ser mujer honrada, todavía lo ignoro si lo soy de veras. Me casé contigo, solamente porque te quiero, te soy fiel solamente porque te quiero. Si esto se llama honradez, yo soy honrada. *(Siempre agria, siempre nerviosa)*, y tú lo sabes, como sabes cuanto te amo. El día en que no lo comprendieras, no te amaría ya. No me basta conque aparentes no estar celoso, es preciso que no lo estés. Nuestro pacto debía de consistir no solamente en la forma, sino también en la substancia. «Yo fiel; tú, confiado.» Y por tu parte, ¿cómo cumples el programa? ¡Tonto! ¿Acaso no veo que estás siempre en ascuas? ¿Crees que no me entero de tus pesquisas, de todo lo que haces para reconstruir minuciosamente mis horas para vigilarme, para espiarme?

ENRIQUE. ¿Para espiarte?

MARÍA. Espiarme, sí; ¡hasta has abierto una carta que venía dirigida á mí!

ENRIQUE. ¡María!

MARÍA. Sin embargo, hice como que no lo sabía, porque... *(Con un movimiento de orgullo y de amabilidad compasiva)*, porque me dabas lástima. ¡Pero, ten cuidado, Enrique! Te lo advertí á los pocos días de habernos casado, y te lo advierto ahora muy formalmente, por última vez; á la larga, los celos

me harían infeliz, y la infelicidad podría hacerme culpable. Por más que hagas no podré cambiar mi carácter. He nacido así. No pecaré nunca, ni siquiera con el pensamiento. ¡Pero nunca renunciaré á mi inofensiva libertad!. . ¿Que soy coqueta? ¡Pues mejor! ¡La coquetería de una mujer sirve para tantas cosas!... En primer lugar, la coquetería es una válvula de seguridad para la honradez, y además es un régimen excelente para curar los celos de un marido... Te he sido y te seré fiel *ilimitadamente;* pero no merecerías ya esta fidelidad mía, si me ofendieras con la duda, con la desconfianza, con la sospecha. Y—¡óyeme bien!—te juro que el día en que te atrevieras á acusarme de veras, yo—¡óyeme, y que no se te olvide, Enrique!—yo me decidiría á engañarte también *de veras.* Y ahora vete al teatro, y hasta luego. *(Un silencio.)*

ENRIQUE. *(Humilde.)* Hasta luego. *(Sin moverse aún.)* ¿Estás enfadada conmigo?

MARÍA. No estoy enfadada.

ENRIQUE. ¿Me perdonas?

MARÍA. Ya te he perdonado;... y te perdonaré mejor aún...

ENRIQUE. *(Con ansiedad cariñosa.)* ¿Cuándo?

MARÍA. Más tarde, más tarde...

ENRIQUE. ¿Pero cuándo?

MARÍA. Te lo diré al oido...

ENRIQUE. Dímelo en voz alta, estamos solos.

MARÍA. ¿Solos? Estás tú de frac y corbata blanca, y estoy yo en traje de gala, y así nunca se está verdaderamente solo.

UN CRIADO. *(Anunciando.)* El señorito Ricardo.

MARÍA. ¡El hombre del peligro!

ENRIQUE. Te lo dejo todo para tí y me voy á escape... no vaya á figurarse que su presencia me preocupa... *(Se dirige precipitadamente hacia la puerta.)*

ESCENA II

DICHOS, RICARDO.

ENRIQUE. (*Encontrándose con Ricardo y aparentando excesiv. prisa.*) Querido Ricardo... te esperábamos... Dig. *mi mujer te esperaba....* Yo tengo prisa... no quie. perder ni una sola nota... Tú llevarás á mi mu jer... Adiós, adiós...

RICARDO. Pero aguarda... no huyas así...

ENRIQUE. Nada... nada... que tengo prisa...

RICARDO. Es inútil que te apresures. Esta noche no h.. *Lohengrin.*

ENRIQUE. ¿De veras? (*Se para.*)

RICARDO. (*Dando la mano á María.*) Acabo de saberlo.

MARÍA. ¿Y en lugar del *Lohengrin*?

RICARDO. En lugar del *Lohengrin* nos cantan la consabi. *Gioconda.*

MARÍA. ¡Ah! Pues yo se la regalo á ustedes. Prefiero qu. darme en casa. Menos mal para Enrique á qui. le gusta la *Gioconda.*

ENRIQUE. Nada de eso; no he dicho nunca que la *Giocon..* me guste.

RICARDO. A mí me lo has dicho.

ENRIQUE. ¿A ti? (*María mira á Enrique, como diciéndole q. no busque pretextos para quedarse.*)

RICARDO. (*Bromeando.*) ¡Y lo menos mil veces!

ENRIQUE. (*Bromeando él también, pero de mala gana.*) Pue. que afirmas que estoy enamorado de la *Gioc. da*, voy desde luego á *tragármela.*

MARÍA. Que te diviertas... ¡y mucho cuidado con las d. zas!

ENRIQUE. En la *Gioconda* no hay más danzas que las de horas.

RICARDO. Pues cuidado; son horas muy lindas, pero h. *perdidas.*

NRIQUE. Y para mí ¡tan perdidas!... ¡Buenas noches!...

ICARDO. ¡Buenas noches, Enrique! (*Se va Enrique.*)

ESCENA [illegible]

MARÍA Y RICARDO.

ARÍA. (*Sentándose.*) Venga usted aquí, Ricardo. Acérquese. (*Ricardo se queda de pie, algo lejos de ella.*) Acérquese.

ICARDO. Sí, pero... no mucho, María, esta noche está usted..

ARÍA. ¿Estoy? Cómo estoy?

ICARDO. Esta noche, tiene usted...

ARÍA. ¿Qué tengo? (*Mirándose.*) Lo de siempre.

CARDO. (*Indicando con un leve gesto el escote.*) aun algo menos.

ARÍA. ¿Le trastorna á usted? Pues tiene remedio. Deme usted ese chal.

CARDO. ¿Este?

RÍA. Sí, ese. (*Ricardo se lo presenta. María sin tomarle.*) Tápeme los hombros.

CARDO. ¿Solamente los hombros?

RÍA. Vamos, dese usted prisa y déjese de tontunas. (*Ricardo con mucha lentitud le coloca la toquilla de encaje en derredor del cuello, con una mirada graciosamente indiscreta.*) ¡Ay, por Dios! ¡Qué despacio va usted!

ARDO. Si estuviera ciego, iría más de prisa. Ya... ya esta tapada. (*Suspirando.*)

RÍA. Siéntese. Hable. Le confieso que prefería el *Lohengrin* á usted. Pero le confieso también que únicamente usted podía sustituirlo; usted es algo poeta, y en sus palabras hay siempre un poquito de música. Hable, pues.

ARDO. (*Se sienta.*) Mas como á *Lohengrin* le obligan á marcharse en cuanto revela su secreto, yo—que

no pienso marcharme—me guard[illegible]
de revelar el mío...

MARÍA. Quiero conocer el secreto

RICARDO. Le repito á usted que no pienso marcharme.

MARÍA. Respondo de que usted se *quedará*.

RICARDO. Prométame que, en todo caso, será usted quien me obligará á quedarme.

MARÍA. ¡Se lo prometo! Venga el secreto

RICARDO. El secreto es que... el secreto es que he dicho una mentira. Esta noche en el Real, ni hay tal *Lohengrin*... ni tal *Gioconda*...

MARÍA. ¿Qué función hay entonces?

RICARDO. Ninguna. Constipado general á [illegible].

MARÍA. (*Enfadada.*) ¿Y por qué ha mentido?

RICARDO. ¿Por qué?... Porque viendo que su marido tenía muchas ganas de irse al teatro, yo no he tenido el valor de renunciar... á su ausencia!

MARÍA. Ricardo, no le permito á usted tratar á mi marido como á un niño; no, ¡no se lo permito de ningún modo!

RICARDO. ¿Lo ve usted? Ya está á punto de echarme... ¡Bien decía yo que era mejor callar!

MARÍA. No le echo; pero de todas maneras quedará usted castigado, ¿y sabe cómo? Enrique sospechará la causa de la mentira en el acto.

RICARDO. No tiene celos y no sospechará nada.

MARÍA. Todos los maridos tienen celos cuando no los engañan.

RICARDO. ¿Y le causará á usted molestias con sus celos?

MARÍA. No me las causa; pero yo las siento lo mismo.

RICARDO. ¡Bueno! Pues si es verdad que tienen celos solamente los maridos no engañados, usted, para tranquilizar al suyo, debe hacer algo.

MARÍA. Engañarle...

RICARDO. Es lógico.

MARÍA. ¡Con usted!...

RICARDO. Conmigo ó con otro... Aunque preferiría que fuese conmigo.

MARÍA. Tiene usted razón, mi querido Ricardo; pero no hay nada más incómodo que el engaño.

RICARDO. Usted no lo ha experimentado todavía.

MARÍA. ¿Y quién se lo ha dicho?

RICARDO. Estoy convencido de ello.

MARÍA. ¿Y me hace usted la corte?

RICARDO. ¡Pues claro!

MARIA. ¿Y por qué me la hace?

RICARDO. Porque «amo á usted».

MARÍA. Sin esperanza ninguna...

RICARDO. Es siempre probable que ocurra precisamente aquello que no ha ocurrido nunca. ¡Alguna vez ha de ocurrir!

MARÍA. Pero, precisamente, nunca ocurre aquello que no puede jamás ocurrir. *(Pausa.)*

RICARDO. *(Acercándose á ella.)* ¿Se siente usted tan fuerte, María?

MARÍA. ¡Inexpugnable!

RICARDO. ¿Nada menos? *(Pausa.)* Como á una mujer de talento se le puede confiar todo, ¿me permite, por indulgente concesión, que la diga todo lo que pienso?

MARÍA. Se lo permito.

RICARDO. ¿Aun cuando yo tenga que llegar casi... casi hasta... la impertinencia?

MARÍA. Llegue usted hasta donde pueda.

RICARDO. Usted se siente fuerte; pero, ¿en qué consiste su fuerza?

MARÍA. ¿Debo contestarle?

RICARDO. No; contesto yo mismo.

MARÍA. ¡Vaya una manera de discutir!

RICARDO. Su fuerza de usted, María, no consiste más que en el conocimiento de su debilidad.

MARÍA. No comprendo; explíquese usted un poco más claro.

RICARDO. Me explico. Míreme usted á los ojos...

MARÍA. «Que son tan hermosos»...

RICARDO. ¡Déjese de bromas!

MARÍA. Bueno, ¿y qué?

RICARDO. Usted es inexpugnable, sencillamente porque tiene muy buen cuidado de no dar nunca á su enemigo facilidad, ocasión alguna para cercarla, para sitiarla, para asaltarla...

MARÍA. ¡Al contrario! ¡Yo vivo constantemente en estado de sitio! ¡Si no hago más que rodearme de seductores! ¿Acaso me hace usted la ofensa de no reparar en mis coqueterías?

RICARDO. A pesar de todo, usted no pertenece á la categoría de las... de las coquetas auténticas. Usted es mejor que ellas; eso es: más mujer, y, por consiguiente más expuesta á caer. Las otros, aun atreviéndose á todo, no es posible que caigan. Tienen el poder y lo conservan. ¡Una coqueta que acaba por tener un amante, es como un soberano que abdica. Usted no tiene un amante...—perdóneme usted si empiezo á la impertinencia;—usted no tiene un amante, no porque lo resiste, sino por una sola razón..., porque lo evita. ¿Dónde están las pruebas de la resistencia de usted? ¿Cuáles son? Su *budoir* está siempre lleno de gente, y cuando no, están las puertas abiertas; lo cual es lo mismo que tenerlo lleno de gente. Los paseos de usted, son públicos como una procesión, sus conversaciones no pueden tener intimidad; son también públicas como una discusión parlamentaria. Nunca afronta el peligro de la sabiduría, de la habilidad, de las audacias ajenas... y por tanto nada hay menos expuesto para una mujer que esta exposición permanente ante todo el mundo.

MARÍA. No puedo negarlo; habla usted con muchísima verdad y mucho talento.

RICARDO. Déjese de cumplidos (más ó menos irónicos...) ¿Se

jacta usted de su impasibilidad? No tiene usted derecho para ello. ¿De qué seducción ha triunfado usted? Cuatro conversaciones, un apretón de manos, una mirada, un ramillete de flores, un tete á tete en coche abierto, en las horas en que las calles rebosan de gente... ¡Oh! Todo eso no es seducción... Y yo, yo—por ejemplo—que le hago á usted la corte, y no siento ninguna gana de renunciar á usted, ¿qué razón tengo para estar convencido de su inexpugnabilidad? Usted evita todas las ocasiones en que yo podía estar—lo diré con una frase de tenor—«en la plenitud de mis facultades»—todas las ocasiones en que yo podía ser *yo*; en fin, usted presiente dónde, cómo y cuándo empezaría su debilidad; y esa es toda la fuerza de usted.

MARÍA. Con que—resumiendo—tengo miedo á usted.

RICARDO. *No lo sé*; pero nada me impide creerlo *así*.

MARÍA. Si le agrada creerlo, créalo usted.

RICARDO. ¿Lo ve usted? Ahora mismo busca usted una salida cualquiera. ¡Si estuviese segura de sí propia, de su fuerza, me desafiaría!

MARÍA. Ay, Dios mío, ¿y por qué he de privar á usted de un triunfo imaginario?

RICARDO. ¡Cuidado! Lo que usted dice es muy hábil, pero revela más y más su debilidad. Veamos; ¿á que si le ruego que me prive de este triunfo imaginario, desatiende usted mi ruego?

MARÍA. ¡Qué complicado viene usted esta noche!

RICARDO. Simplifiquemos. ¿Quiere usted demostrarme, efectivamente que sabe rechazar una pretensión?

MARÍA. Pero entendámonos. ¿Habla usted seriamente?

RICARDO. ¿Consentiría usted en esa demostración?

MARÍA. Sin duda.

RICARDO. ¿No se arrepentirá usted?

MARÍA. No me arrepentiré.

RICARDO. Pues bien; le propongo á usted una entreviste, un encuentro serio.

MARÍA. ¿Cómo?

RICARDO. En mi casa.

MARÍA. En su casa. (*Prorrumpiendo en una carcajada.*) ¡Já ¡Já! ¡Já! La gran prueba, ¿no es nada más que eso?

RICARDO. Vivo solo.

MARÍA. Perfectamente.

RICARDO. Por primera vez, se encontrará usted «á mi lado» en un ambiente secreto; entre cuatro paredes, sin testigos...

MARÍA. Perfectamente.

RICARDO. Sin puertas abiertas...

MARÍA. Perfectamente

RICARDO. ¡Sin defensa!

MARÍA. Perfectamente... ¿Y luego?

RICARDO. ¡Y luego... y luego... luego veremos! ¿Acepta usted?

MARÍA. (*Riendo más y más.*) ¡Ya lo creo que acepto! ¡Já, já, já!

RICARDO. ¡Usted no irá!

MARÍA. ¡Já, já, já! ¿Y por qué no había yo de ir?

RICARDO. Por eso; por debilidad.

MARÍA. ¡Pues le aseguro á usted que iré!

RICARDO. ¿Cuándo?

MARÍA. Mañana.

RICARDO. ¿Hora?

MARÍA. Las dos.

RICARDO. ¡A las dos!

MARÍA. ¿Armas?

RICARDO. Las escogeremos en el terreno.

MARÍA. Está bien.

RICARDO. (*Con aire de incrédulo.*) ¡Condesa, no me fío!

MARÍA. ¡Ricardo! ¡Usted puede dudar de muchas cosas! ¡Pero de mi palabra... no!...

RICARDO. Tiene usted razón.

MARÍA. ¡Gracias!

RICARDO. (*Levantándose con mucha galantería.*) Y ahora debemos separarnos. Cuando hay pendiente un duelo, los adversarios no tienen ya nada que decirse.

MARÍA. Perfectamente. (*Inclinándose profundamente y con cómica gravedad.*) ¡Caballero!...

RICARDO. (*Inclinándose como ella, para despedirse.*) ¡Condesa!...

MARÍA. ¿Hasta mañana?

RICARDO. Hasta mañana. (*Cuando se dispone á salir, Enrique entra.*)

ESCENA IV

ENRIQUE, MARÍA y RICARDO.

RICARDO. ¡Hola!

ENRIQUE. Por lo visto, está escrito que nos encontremos siempre en el umbral de las puertas.

RICARDO. (*Algo turbado.*) ¡Cómo! ¿De vuelta?

ENRIQUE. (*Con chanza simulada.*) Por el camino me he enterado de que decididamente la *Gioconda*... *no me gusta*.

RICARDO. ¿Has encontrado cerrado el teatro?

ENRIQUE. ¡Hombre! ¿Y cómo lo has adivinado?

RICARDO. Porque anteanoche sucedió lo mismo... Primero variaron la función, y después la suspendieron del *todo*.

MARÍA. Es preciso protestar.

ENRIQUE. Sí, es preciso protestar... pero, por esta vez, no protestaremos.

RICARDO. ¿Irás al *club* esta noche?

ENRIQUE. Por ahora me quedo en casa; tengo algo de jaqueca... ¿Y tú te, vas tan pronto?

RICARDO. La condesa acaba de despedirme.

MARÍA. No es verdad: ¡se ha despedido él sólo!

ENRIQUE. (*A Ricardo, con afectación.*) Quédate, quédate un ratito más.

RICARDO. No, Enrique, me voy...

ENRIQUE. Te lo ruego. Mira; te lo ruega María también.

MARÍA. Yo no.

ENRIQUE. (*Sinceramente sorprendido.*) ¡Hola!

MARÍA. Por una razón que no puedo decir; esta noche no debo de hablar ya con él...

ENRIQUE. ¡Já! ¡já! ¡Tú no debes!... (*Los mira á los dos con más cuidado del que quiere aparentar. Pausa. A Ricardo.*) Ella... ¿ella no debe?

RICARDO. *Disimulando mal su azoramiento.*) Ella... no debe...

ENRIQUE. ¡Bueno!... pues entonces, vete... (*María se sonríe. Silencio molesto durante el cual parece que todos esperan algo.*)

RICARDO. (*Decidido.*) Con que, adiós; condesa...

MARÍA. Adiós.

RICARDO. Hasta luego, Enrique.

ENRIQUE. Hasta luego. (*Ricardo se va.*)

ESCENA V

MARÍA Y ENRIQUE

ENRIQUE. (*Esforzándose para aparecer sereno y de buen humor.*) ¿Y qué es esto?

MARÍA. ¡Misterio!

ENRIQUE. No soy curioso, ni deseo saberlo.

MARÍA. Convencida. (*Pausa. Enrique coge un periódico, se sienta en una de las butacas del dos á dos, y hace como que lee. María, acercándose á él con cariño.*) ¿Di: tienes jaqueca de veras?

ENRIQUE. De veras.

MARÍA. ¿Qué haces?... ¿Leer la cuarta plana?

ENRIQUE. ¡Yo!... ¡Ah, sí!... Pues... dice lo mismo que la primera.

MARÍA. ¿No estás de mal humor?

ENRIQUE. ¡Estoy muy alegre! ¡Muy alegre! (*Se ríe con afectación.*) ¿No lo ves?

MARÍA. ¿Quieres que nos vayamos juntos á la embajada? Hoy se baila allí... ¿Quieres que nos quedemos aquí como dos palomitas?...

ENRIQUE. (*Con excesiva amabilidad.*) A tu elección. ¿Por qué no vas tú sola á la embajada? El coche está enganchado todavía; aprovéchate de él. Vete, hija mía, vete...

MARÍA. ¿Y si no quisiera ir sola?

ENRIQUE. ¡Ay, por Dios! Esta noche hay nevedades.

MARÍA. Había decidido pasar contigo la noche. ¿Te molesto acaso?

ENRIQUE. Al contrario.

MARÍA. Bueno... (*Toca el timbre.*) Nos quedamos en casa.

ENRIQUE. Me alegro. (*Entra un criado.*)

MARÍA. Diga usted en la portería que no recibo, y al cochero que desenganche. ¿Está bien así? (*Al criado.*) Para mañana... (*Pausa.*)

ENRIQUE. No se te olvide que mañana vendrá el pintor para empezar el famoso retrato.

MARÍA. ¡Qué cabeza la mía! ¿A qué hora viene?

ENRIQUE. Dijo que de una á dos.

MARÍA. A la una almorzamos.

ENRIQUE. Después.

MARÍA. Después quizá tenga que hacer.

ENRIQUE. (*Impresionado por el acento de María.*) Sin embargo, parecía que el retrato te interesaba mucho... Era tu idea fija. ¿Tanto trabajo te cuesta tener una sesión de una hora siquiera con el pintor, después del almuerzo?

MARÍA. (*Al criado.*) Puede usted retirarse.

EL CRIADO. ¿Y para mañana, qué ordena la señora condesa?

MARÍA. Mi berlina... á la una y media.

ENRIQUE. ¿A la una y media?

MARÍA. No... No... Ya le daré las órdenes por la mañana

(El criado se va. A Enrique, acercándose.) Y ahora toda la noche para tí.

ENRIQUE. *(Esforzándose para fingir.)* ¡Qué buena eres!

MARÍA. Ni buena ni mala; tal vez una buena esposa y una mala mujer... ó viceversa. ¡Quién sabe!

ENRIQUE. Yo lo sé, María. Pero la mejor esposa aventura por lo menos su reputación en entrevistas solitarias como la que has tenido con Ricardo.

MARÍA. ¿Solitarias? Y has hallado de par en par esas puertas. Y has vuelto cuando menos se te esperaba.

ENRIQUE. Los maridos no vuelven siempre á tiempo... las puertas se cierran.

MARÍA. Cuando hay voluntad de cerrarlas.

ENRIQUE. Son muchas las mujeres salvadas por falta de voluntad; éstas son las verdaderas buenas. Pero son muchas también las salvadas por falta de ocasión. Estas no pueden cantar victoria, porque quien no está en ocasión no está en peligro.

MARÍA. ¿De modo que piensas que debes tu seguridad, no á mi virtud propia, sino á la vigilancia ajena? ¿Y por tanto no te creerás obligado á agradecerme mi honestidad casi involuntaria? Lo he oido con risa y por entretenimiento, cuando me ha dicho lo mismo un mequetrefe cualquiera...

ENRIQUE. Ricardo, por ejemplo.

MARÍA. Sea Ricardo. Pero dicho por mi marido, ya el caso merece ser pensado seriamente. Porque á la vez que tú y Ricardo, la opinión juzgará también que mi honradez es casual, y cuando es habitual debe de ser estimada por todos y sobre todos por quien quiero que la estime. Por tanto, vale la pena de ensayarse para saber definitivamente si este escudo guardado en vitrina, donde no llega el aire, es de acero indestructible, ó de plomo que se derrite al primer fuego. *(Aparte.)* ¡Al peligro! Si perezco, ¡qué victoria para ellos! Si resisto, ¡qué triunfo y

que placer para mi conciencia! *(Toca el timbre, aparece el criado y le dice.)* A la una y media mi berlina... *(Enrique se sienta lejos de María, vuelve á cojer el periódico en actitud absorta y preocupada.)* ¡Pero hijo, qué lejos estás! Y qué grave y ceremonioso! Parece tu primera visita. *(Se le acerca.)*

ENRIQUE. Efectivamente, ceremonia. ¿No me has dicho tú misma que de frac y en traje de gala no se está nunca solo?

MARÍA. Teorías del momento.

ENRIQUE. Y además... la jaqueca. Esperaremos que se me pase.

MARÍA. *(Sentándose en la butaca del dos á dos, volviendo la espalda á Enrique.)* Esperaré. *(Largo silencio. Luego le llama en voz baja.)* Enrique...

ENRIQUE. *(Más y más preocupado.)* ¿Qué quieres?

MARÍA. ¿Hay jaqueca todavía?

ENRIQUE. Eso.

MARÍA. Esperaré... *(Cruza los brazos con la actitud de quien se resigna á tener paciencia. Otra larga pausa. Enrique sigue reflexionando. María se vuelve lentamente y le mira de reojo á la cabeza. Luego vuelve á tomar la postura de antes y suspira profundamente.)* ¡Ah!...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

(Salita amueblada caprichosamente con mucho carácter artístico. En el fondo una puerta grande, por la cual se sale á un jardín. A la izquierda otra puerta. A la derecha una ancha ventana, á través de la cual se entrevé el verde jardín. En la sala hay vitrinas y columnas y sobre ellas estátuas de marmol y bronce, jarrones de mayolica, retratos de mujeres de todos tamaños. Una gran mesa de despacho, llena de papeles, libros, periódicos. Estantes, tapices antiguos, etcétera, etc. Por la ventana penetra la luz del sol.)

ESCENA PRIMERA

RICARDO, *luego el criado* LORENZO.

RICARDO. *(Está arreglando los veladores y los* bibelots, *caprichosamente. Abre el piano y busca entre los papeles de música.)* ¡Ah!... ¡Chopín!... ¡Hace falta también! *(Coloca un libro de música abierto en un atril.)* ¡Sugestivo!... *(Pone muy á la vista los retratos de mujer más bonitos.)* ¡Así... bien... así! *(Coloca sobre la mesa de escribir papel, y sobre la carpeta los versos á la vista. Lorenzo entra llevando en la mano muchas flores sueltas.)* ¿Has abierto la verja?

LORENZO. Sí, señor.

RICARDO. Reparte las flores en esos cacharros... *(Continúa pensando)*... *(al criado)*... Mejor repartidas... Deja caer algunas entre esas estatuitas, entre los retratos... No... no. No tapes ese retrato ni con flo-

res... Es de una mujer hermosísima, y las mujeres hermosas son como las cerezas... Cogiendo á una, coges á diez... ¡Y qué dedicatoria! ¡Efecto seguro! (*Pausa.*) Esa Venus de bronce no está bien ahí, colócala un poco más para fuera. (*El criado mueve una estatuita que representa una mujer vestida.*) Pero, ¿que estás haciendo? La Venus es la otra, la que está desnuda... ¡No se ha visto jamás ninguna Venus vestida, tontín!... ¡Para fuera!... ¡Para fuera!... ¡Que se vea más!... ¡Eso! Y ahora, *viejecito mío*, escúchame bien. Dile al jardinero que se aleje por un par de horas... Que se vaya á dar un paseo... un paseo muy largo... (*Al criado que va á retirarse.*) Espera. (*El criado se para. Ricardo mira su reloj, se levanta alegremente agitado, restándose las manos.*) Y en cuanto á tí, dentro de quince minutos te colocarás en un rincón del jardin, desde donde puedas ver á toda persona que entre. ¿Me explico? A eso de las dos, entrará una señora. Ni te acerques á ella ni te dejes ver. ¿Me explico? Mientras no haya entrado aquí no te apartarás de tu rincón, pero sin perder de vista la verja, que dejarás siempre de par en par, pues no sé si la señora querrá salir por ese lado ó más prudentemente por mi puertecita particular... Si ves venir á alguien—sea quien sea,—sales de tu rinconcito, dices que no estoy en casa, y vuelves al escondite. ¿Me explico, sí ó no?

LORENZO. Muy claramente,

RICARDO. (*Escuchando.*) Calla... ¿No oyes ruido de pisadas? (*Emocionado.*) ¡Si será ella!... ¡Tan temprano! (*Al criado.*) Ea, Lorenzo, escóndete. (*Empuja al criado hacia la habitación de la izquierda.*) No quiero que la asustes... ¡Pobrecita! (*En cuanto ha metido dentro al criado, Ricardo, lleno de alegría, se dirige hacia el jardin. Entra Enrique.*)

ESCENA II

ENRIQUE Y RICARDO

RICARDO. (*Vivamente sorprendido y turbado.*) ¡Hola! ¡Tú!

ENRIQUE. Pues qué... ¿te he asustado?

RICARDO. ¡Asustarme! ¡Al contrario! ¡Me das una verdadera alegría! ¿Y cómo tú por aquí?

ENRIQUE. Te diré. Iba dando un paseo... Al hallarme delante de la verja, que está abierta, me he dejado vencer por la tentación de entrar, y me dije... ¡Ea, Vamos á ver lo que está haciendo mi querido Ricardo.

RICARDO. ¡Qué idea más oportuna!

ENRIQUE. ¿A caso te molesto, á estas horas?

RICARDO. ¿Molestarme á estas horas? ¿Tú molestarme á mí?... ¡Quiá! ¿Estás loco?...

ENRIQUE. (*Aparte.* Tanteemos el terreno.(*Saca el reloj.*) Las dos menos veinticinco.

RICARDO. (*Sacando también el reloj.*) Eso; las dos... menos... veinticinco...

ENRIQUE. Digo; las dos menos veinte...

RICARDO. ¿Estás seguro de que tu reloj no adelanta?

ENRIQUE. Muy seguro.

RICARDO. (*Arreglando el suyo.*) Diablo...

ENRIQUE. Dispensa; ¿y á qué viene ese diablo?

RICARDO. ¿Qué diablo? ¿He dicho «diablo»? ¡Ah! Sí, querría decir, diablo, siéntate, ¡Fúmate un pitillo... No hagas cumplidos! Toma, ¡toma uno de esos cigarrillos turcos! (*Le presenta una caja de cigarrillos.*)

ENRIQUE. ¿Turcos? (*Toma uno.*)

ENRIQUE. Turcos.

ENRIQUE. Y... ¿tú no vas á salir?

RICARDO. (*Dándole una cerilla encendida.*) Sí... sí... en efecto tengo que salir.

ENRIQUE. Pues entonces no me siento... Saldremos juntos.

RICARDO. Eso. Saldremos juntos. (*Llama.*) ¡Lorenzo!... ¡Lorenzo!... (*Lorenzo se presenta.*) El sombrero, los guantes y el bastón... ¡Pronto!

LORENZO. ¡Cómo! ¿El señor sale?

RICARDO. ¡Salgo! ¡Salgo!... Déjate de observaciones. (*Lorenzo se va.*)

ENRIQUE. ¡Qué monísimo es tu hotelito!

RICARDO. ¿No habías estado nunca aquí?... ¡No es feo, no!... Para un muchacho... Comprenderás...

ENRIQUE. (*Dando vueltas por la sala, y echando miradas escrutadoras hacia las habitaciones interiores.*) Este ambiente me gusta muchísimo!

RICARDO. (*En voz baja á Lorenzo que ha vuelto, y recogiendo de él el sombrero, los guantes y el bastón.*) Ponte delante de la verja... y por si llega la señora á quien espero... dile... dile... Pero, ¿qué se le dice?...

ENRIQUE. (*Continúa mirando por todas partes*) Libros, objetos de arte... un harém... en retratos... Me gusta... me gusta todo esto... Vendré á verte muy á menudo...

RICARDO. ¿Me lo prometes?

ENRIQUE. ¡¡Te lo prometo formalmente!

RICARDO. (*A Lorenzo en voz alta y con acento de cólera.*) Y tú... ¿qué haces ahí, tan tieso?

LORENZO. Esperaba...

RICARDO. Ordenes; pues bien, no estoy en casa para nadie. ¿Has comprendido bien todo lo que te he dicho? (*Lorenzo se va por la puerta del jardín.*)

ENRIQUE. ¿Con que «no» sales?

RICARDO. Acabo de decirle al criado que no estoy en casa para nadie y eso quiere decir que salgo.

ENRIQUE. Es que muy á menudo, cuando no está uno en su casa para nadie, lo está para sí mismo. Pero, puesto que sales de veras, vámonos.

RICARDO. Vámonos... (*Se detiene, saca el reloj, lo mira, revelando—á pesar suyo—su intranquilidad.*)

ENRIQUE. (*Observando todos sus movimientos y ademanes, saca también el relój, otra vez.*) Menos quince.

RICARDO. (*Decidido.*) Quince. ¡Ah! Pues entonces pensándolo mejor, no salgo.

ENRIQUE. ¡Si te lo había dicho!

RICARDO. No... es que estaba en duda...

ENRIQUE. Voy advirtiendo que he llegado inoportunamente. Tú, ó tienes que salir sólo, ó esperas á alguien.

RICARDO. ¡No lo pienses! Y además, contigo no gastaría cumplidos...

ENRIQUE. ¡No faltaba más! Y puesto que me aseguras que no te estorbo, echemos un párrafo. (*Se sienta.*) Dame otro cigarrillo.

RICARDO. Toma,

ENRIQUE. No son malos estos cigarrillos turcos; pero se apagan á cada momento. (*Coge otro cigarrillo.*)

RICARDO. (*Le da fuego.*) A cada momento. (*Silencio.*)

ENRIQUE. ¡Perfectamente!... (*Pausa.*) ¡Pobre Rodolfo! ¿Sabes lo que le ha pasado?

RICARDO. Lo sé.

ENRIQUE. ¿Y qué te parece?

RICARDO. Digo... no lo sé... Dispensa, estaba distraido; no sé nada.

ENRIQUE. Pues te lo voy á contar con todos sus pormenores. Es toda una novela.

RICARDO. (*Inquieto, nervioso, se pasea muy agitado.*) ¡Ah!

ENRIQUE. Una larga novela.

RICARDO. ¿Larga? ¡Mejor!

ENRIQUE. Sin duda, has oído hablar alguna vez, de una cierta vizcondesa... aquella que estuvo en Sevilla hace veinte años, y de repente se marchó... nunca se supo á dónde... Su casa era como una linterna mágica... en la cual se veía de todo; apariciones raras y contínuas. Por entonces, yo era niño, como tú... Sin embargo, me acuerdo todavía de las anecdotas muy... saladas que se contaban acerca de aquella buena señora... (*Ricardo, nerviosísimo, mira*

de reojo su reloj. Enrique se apercibe de ello y hace lo propio.) Menos diez. Mi abuelo hacía colección de aquellas anécdotas... y luego las relataba con su acento insinuante, bondadoso... ¡Ah! El pobre—que en paz descanse—los sabía contar de un modo delicioso... ¡Por ejemplo!...

ICARDO. Pero, ¿no estabas hablando de Rodolfo?

NRIQUE. ¡A ese voy... á ese voy!... Ten paciencia. Pues, Rodolfo frecuentaba precisamente los salones de la vizcondesa... y no solamente los salones... ¿Te extraña?... ¡Hombre! Reflexiona que Rodolfo tiene ya cuando menos cincuenta años... ¿Qué? ¿Acaso me lo vas á negar? (*Pausa.*) ¿Me lo vas á negar?

ICARDO. (*Que no ha escuchado nada.*) ¿Pero qué?

NRIQUE. ¿Tú opinas, pues, que no tiene cincuenta años?

ICARDO. (*Tomando repentinamente una decisión. Pausa.*) Ánimo. (*A Enrique.*) Sí, hombre; ¡tiene cincuenta años, tiene setenta y cinco, hasta cien si quieres! Pero te confieso, Enrique, que estoy esperando á alguien, y tú... debes de irte inmediatamente!

NRIQUE. (*Impresionado, pero reprimiéndose.*) ¡Ah! ¡Lo había adivinado!

ICARDO. Y ahora voy á decirte también el motivo de mi apuro... Yo tenía cita á las dos... con tu mujer.

NRIQUE. (*Dándose un golpe en la frente con repentina alegría.*) ¡Ah! ¡Ahora me lo explico! ¿A las dos?

ICARDO. ¡Sí! ¿Pero qué es lo que te explicas?

NRIQUE. Nada. Mi mujer me había indicado algo de esto. ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

ICARDO. Me parecía inconveniente... eso de contar al marido la falta que iba á cometer con su señora... Le había prometido hoy darle la primera lección de tennis. Está muerta por aprender ese juego tan higiénico, tan... tan movido.

NRIQUE. No te inquietes por tan poca cosa...

ICARDO. Enrique, ayúdame; vete escapado á casa de la Valflor; tu mujer estará allí de fijo; y...—¡qué se

yo!—inventa, discurre, con tu ingenio, algo par que me perdone. Pero, por Dios, vete en seguida, que son ya las dos... (*Mirando juntos al relój.*)

ENRIQUE. Menos cinco. Descuida... Ahora voy... ahora voy.

RICARDO. Apresurate. No pierdass la partida. Es un jueg encantador... (*Imitando el juego de tennis.*) Bola v bola viene. Anda, tomas la primera calle á la de recha... y vas á der á la Castellana... (*Acompañán dole hasta la puerta.*) Llegarás en unos minutos...

ENRIQUE. No tengas cuidado... Corro... Vuelo... Déjame mí... ¡Buena suerte, calavera! (*Sale corriendo. Tod este diálogo muy movido y ligadísimo.*)

RICARDO. (*Desde el umbral de la puerta.*) Confío en tu imag nación... ¡Y muchas gracias! (*Aparte y muy agitado* ¡Dios haga que no se encnentren delante de la ve ja!... (*Cerca de la ventana y siguiendo con la mirad á Enrique.*) Se va... se va... (*Pausa. Luego hab desde la ventana.*) ¡Lorenzo! Ven aquí... Acércat ¿El conde de San Jorge, ha salido por el jardín

LORENZO (*Desde dentro.*) Sí, señor.

RICARDO. ¿Y por dónde se ha ido?

LORENZO Ha tomado hacia la derecha, y luego calle abaj

RICARDO. Y entretanto, ¿ha venido alguien?

LORENZO Nadie.

RICARDO. (*Aparte.*) ¡Auff! ¡Respiro! (*A Lorenzo.*) ¡Ahora, te cuidado! ¡No olvides mis instrucciones! ¡Cuidad ¿eh? (*Aparte.*) ¡Me parece que estoy soñando. (*S pasea por la sala, reflexionando y esperando con im paciencia febril. Llega hasta la puerta; luego va á l ventana, mira y vuelve á mirar. De repente, ve á lejos á Maria y exclama.*) ¡Ah! ¡Por fin! (*Corre hac el jardín.*)

ESCENA III

RICARDO Y MARÍA. Después LORENZO.

MARÍA. (*Lleva puesto un traje de mañana, sencillo, pero elegante y un gabán corto. Trae las manos metidas dentro del manguito; su aspecto es de persona que tiene mucho que hacer; entra muy apresuradamete y se sienta en una de las sillas colocadas en el centro de la sola. Respirando.*) ¡Aquí me tiene usted!

RICARDO. (*Cierra la puerta del jardín y vuelve con expresión de felicidad. Saluda á la condesa, en actitud galante y sentimental.*) Antes de todo, deje usted que le dé las gracias por la puntualidad bondadosa con que...

MARÍA. (*Interrumpiéndole apresuradamente.*) ¡Bueno!... ¡basta!... ¡Aquí estoy, aquí estoy!... Seduzcame usted.

RICARDO. (*Esforzándose por sustraerse á la burla.*) Pero, condesa...

MARÍA. ¡Aquí no hay pero. ni hay «condesas». No tengo tiempo que perder. Estoy en su caaa de usted, estoy en sus manos, las puertas están cerradas; nadie nos ve, nadie nos oye. Poca charla, y proceda usted en seguida á la seducción.

RICARDO. Ah! ¿Usted piensa que caeré en la candidez de aspirar á seducirla? ¡Se equivoca usted! ¡Desgraciadamente, el seducido—sin que usted tenga la culpa de ello, ¡entendámonos!—el seducido aquí soy yo! María, usted ha comprendido que la amo. Usted ha comprendido que mi desafío y mis alardes no eran más que el artificio de mi amor. He deseado que usted viniese á mi casa, eso sí; pero ¿para qué? Para tener ocasión de verla y hablarla con libertad; fuera del ambiente en que usted y yo tenemos el deber de ser burlones. Lo he desea-

do para poderme explicar formalmente; lo he deseado para decirle á usted que yo no soy más que un pobre enamorado; (*con calor ficticio*) lo he deseado para...

MARÍA. Para... para... ¡Todo esto es completamente inútil!

RICARDO. ¡Inútil!

MARÍA. ¡Inútil!

RICARDO (*Con arranque.*) Sin embargo...

MARÍA. Oiga usted, querido Ricardo: yo he venido aquí para que usted me seduzca. Si usted no tiene medios para seducirme, me voy.

RICARDO. ¡Ah, María, María! Usted ha venido aquí para humillarme. Nada más que para eso, y la verdad, lo ha logrado usted perfectamente. Pero de todos modos, si sus sarcasmos agotan su crueldad, los acepto como un beneficio.

MARÍA. (*Mirándole y escuchándole con curiosidad picaresca.*) ¿Y luego?... Adelante... ¿Y luego?

RICARDO. ¡Usted aparenta no creer en mis palabras!... Hace usted mal. Ríase, ríase usted,—si así le place—ríase de mi torpeza y de este loco amor mío; atorménteme usted, si el atormentarme la divierte; pero por Dios, no me atribuya usted la vulgar puerilidad de una ficción... ¡No! Usted no puede atribuírmela. Su inteligencia no puede desconocer (*exagerando su ficción de sinceridad*) que en este momento soy sincero. Perdóneme, María; ¡es usted quien finge! Usted finge no comprenderme, finge no creerme, finge...

MARÍA. ¡Al contrario! Tranquilícese usted; le declaro muy formalmente; que le entiendo, que le creo, que no dudo de su amor. Usted se ha enamorado de mí, y eso me alegra mucho. Palabra de honor; estoy muy contenta por ello. Y si yo estuviera enamorada de usted, estaría más contenta aún. Por eso, precisamente por eso he venido. Confío en sus

fuerzas de usted, confío en sus seducciones, confío en sus atractivos; aquí, sola, solísima y llena de buena voluntad; con la intención hecha como el sujeto que se ofrece al hinoptizador... Ahora á usted le toca hacer lo demás. ¡Ea, pues, querido Ricardo... se lo ruego, hinoptízeme usted... y no hablemos más.

RICARDO. (*Desalentado, se deja caer sobre una silla suspirando.*) ¡Es usted inexorable!

MARÍA. (*Afectando aflicción.*) ¡No... no... no! ¡Decididamente, por este camino no iremos á ninguna parte! Ese aire de mártir no le sienta á usted bien... y luego...—¿qué se yo?—me esperaba otra cosa. ¡Cuánta prudencia!... ¡Cuanta *mansedumbre*! ¡Cuánta humildad! (*Impaciente y levantándose.*) Se lo digo á usted sinceramente; no iremos á ninguna parte. (*Pausa.*) ¡Qué hermoso sol! ¡Qué aire más templado!... (*Le mira con coquetería algo burlona.*) ¡Parece que estamos en Primavera! Por todas partes huele á lila. (*Tira el manguito y empieza á quitarse el gabán acercándose á él.*) ¡Hasta tengo calor! Tire usted de esta manga... (*Ricardo le quita el gabán, lo pone en un rincón y se vuelve á sentar desalentado.*) Como usted ve, no he perdido aún la esperanza!... No me voy... Me quedo aquí, y con toda comodidad... Usted me lo consiente ¿verdad? (*Un silencio. Da vuelta por la sala, observando y curioseando. Se detiene cerca del piano, mira el libro de música abierto sobre el atril, con afectado sentimiento.*) ¡Chopín!... Cuarto nocturno. ¡Ah! Aquél en que hay un delicioso efecto de órgano, tan lleno de misticismo... ¡Cuánta suavidad! (*Con una mano toca en el teclado las primeras notas de la mazurka «Yo soy el pato, tú eres la pata, etc., de la zarzuela «La marcha de Cádiz.»*) ¡Qué melodía tan expresiva! (*Continúa la inspección.*) Esta salita es algo como el símbolo del cerebro de usted;... ¡hay de todo!... (*Se

detiene delante del escritorio.) Laboratorio literario; negociado de epístolas y anexos... *(Coge un papel.)* ¿Se puede?

RICARDO. Borradores... Cosillas apenas *trazadas*... le ruego que no lea usted...,

MARÍA. Apuesto á que la ha dejado usted aquí de intento para que yo la lea... A ver...

RICARDO. Le ruego no lea usted...

MARÍA. *(Sin hacerle caso lee.)* «Arrójate en mis brazos, amor mío.» *(A Ricardo.)* Estos brazos son los de usted.

RICARDO. Aquí no hay otros.

MARÍA. Y este amor mío soy yo.

RICARDO. Así parece...

MARÍA. ¿Versitos á mí? Recursos de la escuela pasada. *(Leyendo).* Me ahogan tus abrazos de tal suerte, que cuando sueño en tí, sueño en la muerte. ¿Este *asunto* de la muerte se refiere de veras á mí? ¡Pues vaya un efecto que le hago á usted!... ¡Menos mal que se lo hago solamente en sueño! Por lo visto no es usted un poeta «decadente». ¡A mí los «decadentes» me gustan mucho! Esos dicen todo lo que quieren, pero siquiera no los entiende nadie! *(Vuelve á dar vueltas por la sala.)* ¡Cuántos retratos de mujer bonita!... ¡Todas conquistas! ¡Excuso decirlo! ¡Eh! ¡Han sido todas más afortunadas que yo!... Pero ¿y este quién es? *(Coge un gran retrato de viejo con la barba blanca, y se lo enseña á Ricardo, de manera que lo vea bien distintamente también el público.)*

RICARDO. *(Encogiéndose de hombros).* Es el retrato de un hombre.

MARÍA. ¿Marido de una amante de usted?

RICARDO. ¡Cá!

MARÍA. ¿Padre de una amante de usted? *(Pausa.)* ¿Hermano?

RICARDO. ¡Ay, por Dios, condesa, sea usted más generosa! ¡Basta, por ahora!

MARÍA. ¿Basta de qué? Entre tantas mujeres encuentro á un hombre; es natural que me interese por él. (*Pausa.*) ¿Quién es?

LORENZO. No lo sé.

MARÍA. ¿Cómo que no lo sabe usted?

RICARDO. Es un ruso... Déjele usted en paz.

MARÍA. ¿Y se llama?

RICARDO. (*Paciente.*) Paikowsky.

MARÍA. ¿Paikowsky? Comprendido, compositor. ¿Qué ha compuesto?

RICARDO. (*Reprimiendo su excitación.*) ¡No es compositor!

MARÍA. ¿Poeta?

RICARDO. (*Con cólera.*) ¡Tampoco!

MARÍA. ¿Pintor?

RICARDO. (*Casi aparte.*) ¡Hay para morir!

MARÍA. (*Excitándose.*) Pero, ¿se puede saber por fin qué hace aquí este ruso?

RICARDO. (*Prorrumpiendo.*) ¿Y se puede saber por fin cuándo acabará usted de atormentarme?

MARÍA. Es usted muy raro. Le digo todo lo que se puede decir á un hombre; renuncio á toda clase de resistencias; me pongo á las ordenes de su valor y de su amor; le animo á usted á todo, y usted se queda ahí, tímido, vergonzoso, como un estudiantillo que no ha aprendido bien de memoria la lección y teme que el profesor le llame; y encima de eso... *encima* de eso, usted se queja. ¡Ah! ¡Esto es increíble! Pero ¿qué querría usted? ¿Acaso que me echara á sus pies? ¿O que me dejara caer con convulsiones y retorciéndome y pronunciara su nombre adorado? ¿Qué es lo que querría usted? ¡Yo podía hacer eso con un cadete, con un novicio! Pero ¿con usted?... ¿Con usted? ¡Señor conquistador irresistible..., César invicto. Sépase, en fin, lo que es!

RICARDO. Condesa... Un tonto; eso es lo que he sido, desafiando, en apariencia, su talento y su virtud. Aun

que yo no haya obedecido más que á la esperanza de conmover á usted, y no á la de conquistarla, sin embargo... reconozco mi error, reconozco mi torpeza... Por el error, casi ofensivo, le pido á usted perdón; pero por mi torpeza debía de pedirme perdón á mí mismo y no lo hago. Fíjese usted: El hombre que se declara torpe y á ello se resigna, tiene una gran ventaja, pues no teme llegar á serlo. ¡Por eso usted hace mal en burlarse de mí!

MARÍA. (*Fría.*) Si no me equivoco, el provocador varía de armas, pero no abandona el terreno.

RICARDO. (*Excitándose sinceramente.*) ¡A quien está enamorado como estoy yo—hoy más que nunca—no se le debe de exigir audacia, ni siquiera bromeando!

MARÍA. ¡Armas de fuego por lo visto!

RICARDO. ¡Pues sí! Armas de fuego, involuntariamente. La idea de caer en el ridículo no me detiene ya. ¿Que usted ríe de mí? Pues no me importa. ¿Que le parezco á usted un mal *comediante*? Pues no me importa. ¿Que le parezco un necio, un niño, un hombre vulgar? Pues no m eimporta. Nada me importa ya, ni comprendo ya nada, y al verla á usted cerca de mí, hermosa, sonriente, *despreciativa*, desdeñosa, !le juro á usted María, que pierdo la cabeza!... (*Se acerca mucho á ella.*)

MARÍA. (*Inmóvil cruza los [brazos en actitud altanera á la vez. Ricardo, como dominado, se contiene y retrocede.*) ¿No lo vé usted? ¡Ni siquiera las armas de fuego sabe usted usar! Mucho ruido y en resúmen, ¿qué? ¡Pues nada! ¡Nada!

RICARDO. (*Bajando la voz.*) ¡Nada! (*Se oye llamar á la puerta del fondo.*) ¿Quién es? ¿Quién se permite llamar así?

LORENZO. (*Desde fuera.*) Soy yo, Lorenzo.

RICARDO. ¿Qué quieres?

LORENZO. Tengo que decirle algo al señor.

RICARDO. No, vete.

LORENZO. El señor me perdonará, pero tengo que decirle algo.

RICARDO. En fin; ¿qué hay?

LORENZO. ¿Puedo hablar?

RICARDO. Habla.

LORENZO. Ha vuelto el caballero de antes, le he dicho que el señor había salido, y que en casa no había ya nadie. (*María va á mirar por la ventana.*)

RICARDO. Has hecho bien.

LORENZO. Pero me ha contestado que aguardará á usted, y se ha plantado delante de la casa.

MARÍA. (*Desagradablemente sorprendida.*) ¡Es mi marido!

RICARDO. (*Alarmado.*) Sí, su marido de usted. Ha venido aquí antes que usted, sospechando algo evidentemente.

MARÍA. Y usted no me ha dicho nada.

RICARDO. Me pareció inútil alarmarla. Le he despistado, diciendo que usted me esperaba en el jardín de la Velflor.

MARÍA. ¡Embustero!

RICARDO. ¿Acaso podía decirle la verdad, para perderla á usted?

LORENZO. (*Desde fuera.*) ¿Tiene algo que mandarme?

RICARDO. No sé.. Déjame reflexionar.

MARÍA. (*Eoforzándose por parecer despreocupada y alegre como antes.*) Pues no hay nada que reflexionar... Más vale que reanudemos la plática donde la hemos interrumpido... Tal vez usted no se haya enterado de ello, pero yo empezaba por fin á conmoverme con sus palabras. Me parece que las armas de fuego habían tocado mis cuerdas sensibles... (*Se rie.*) ¡Ja, ja, ja!

RICARDO. ¿Se rie usted todavía?

MARÍA. ¡Si empiezo ahora!

RICARDO. Pero malditas las ganas que tiene usted de reir.

MARÍA. ¡Se equivoca usted! La llegada de mi marido, la turbación de usted, su cara de conspirador atra-

pado, todo esto me divierte mucho... ¡Mucho! (*Con despecho, dejando ver que la vence el temor.*)

RICARDO. ¡Ah, no! No la divierte á usted, condesa... Se agotó su serenidad. ¡Ya no es usted la misma de antes!

LORENZO. (*Desde fuera.*) ¿Tiene algo que mandarme?

RICARDO. Espera, Lorenzo. (*Bajando la voz.*) Sé lo que sufre usted en este momento, sé lo que usted teme, veo su excitación... y voy á salvarla á usted.

MARÍA. (*Con un instantáneo movimiento de alegria.*) ¿Cómo?

RICARDO. ¡Ah! ¡Se ha hecho traición usted misma!... Pues bien, sí; quiero salvarla. (*Saca del bolsillo una llavecita reluciente.*) Esta llave abre una puertecita de la fachada posterior de mi hotel... Puede usted salir de aquí sin que su marido la vea... Se encontrará usted en un callejón desierto... en unos minutos llegará usted á la Castellana. Así, el conde la esperará á usted en balde, dos, tres, cuatro horas, y acabará por convencerse de lo infundado de sus sospechas. (*Le ofrece la llave.*)

MARÍA. (*Alargando la mano para cogerla.*) ¡Ah! ¡Gracias!

RICARDO. (*Retirando un poco el brazo para impedirlo, aunque presentando la llave.*) Espere. ¿Ha comprendido usted bien que la salvo?

MARÍA. Sí... lo he comprendido... y le confieso que estoy arrepentida de mi grave imprudencia... Acepte usted toda mi gratitud, y deme la llave. (*Alarga nuevamente la mano para cogerla.*)

RICARDO. (*Nuevamente se lo impide.*) Espere... La gratitud es una hermosísima recompensa; más yo... yo exijo algo más concreto. Estoy dispuesto á salvarla á usted; pero (*Con pasión.*) no olvide usted, condesa, que la amo y mi amor no sabría perdonarme tan excesiva generosidad.

MARÍA. (*Con una contracción de la cara y frunciendo las cejas.*) ¿Qué quiere usted decir con eso?

RICARDO. (*Con dulzura apremiante.*) Es mi amor, mi amor quien me obliga á pactar. «Ofrezco». No, vendo á

usted esta llave... Vendo á usted su salvación... ¿Está usted dispuesta á comprarla?

MARÍA. (*Retrocediendo con desdén y repugnancia.*) ¡Yo

RICARDO. No grite usted... Allí fuera hay un criado que aguarda... Piénselo usted, condesa, piénselo usted bien... Aquí está la llave. Aquí está su salvación. Si no quiere comprarla, está usted perdida...

MARÍA. (*Con ira.*) ¡Ah, can...

RICARDO. (*Inmediatamente.*) ¡Canalla!

MARÍA. ¡Sí, sí! Canalla.

RICARDO. ¡Ya lo sabía! Es la palabra de *ocasión*. En las situaciones como estas, sobre todo en el teatro, es esta la palabra tradicional. Y en efecto; en este momento, usted recuerda algo... la *Tosca;* yo represento, un poco solamente, al barón Scarpia... ¿No es verdad? ¡Eh! ¡Así es!... Canalla. (*Se rie con aire burlón).—Pausa.—Luego muy galantemente.*) Menos canalla, sin embargo, de lo que usted cree... Mi amor—ya se lo dije—me obliga á pactar, y no hay remedio!... Vendo la llave, condesa... se la vendo... por un abrazo. Como hombre, pido mucho, es verdad; pero como canalla, convenga usted en que pido poquito... (*Pausa.*) ¿Quiere usted pagar?

MARÍA. (*Después de otra pausa, con cólera reprimida y supremo desdén, contesta.*) ¡No!

RICARDO. (*Sumamente extrañado,*) ¡Cómo! ¿Prefiere usted comprometerse?

MARÍA. ¡Sí!

RICARDO. ¿Prefiere usted un escándalo?

MARÍA. ¡Sí!

RICARDO. (*Con arrebato.*) ¡Es tan grande, pues, la repugnancia que le causaba á usted concederme el más leve favor, que antes de eso usted se decide á comprometerse, á perderse!... ¡Ah, no hay caballerosidad que pueda resistir á semejante prueba!... ¡Fue-

ra esta llave! *(Hace como que va á arojar la llave por la ventana.)*

MARÍA. ¡Eh!... ¡Eh! ¿Cómo se llama? ¡Ah, Lorenzo, Lorenzo!...

RICARDO. ¡No! María... *(Presentándola la llave.)* Perdóneme... tome... sálvese usted...

MARÍA. ¡No quiero de usted ningún favor! ¡No quiero! *(Acercando la boca á la puerta.)* Lorenzo. Diga usted al conde de San Jorge que aquí está su mujer y que le espera. ¡Vaya usted pronto!

RICARDO. ¿Y ahora... qué pasará ahora?

MARÍA. *(Tranquilamente.)* O una catástrofe ó nada; me da lo mismo.

RICARDO. *(Arrepentido y exasperado.)* ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho usted? Pero aún tiene tiempo... ¡Huya... Huya antes de que él llegue!

MARÍA. Es inútil, ya sabrá que estoy aquí...

RICARDO. *(Abriendo la puerta del fondo.)* Sí. ¡Voy á su encuentro!...

MARÍA. ¡Quédese aquí tranquilo. *(Con acento tragi cómico.)* ¿No le halaga á usted la idea de que nos mate juntos?

ESCENA IV

RICARDO, MARÍA, ENRIQUE.

ENRIQUE. *(Entra por la puerta del fondo, palidísimo, reprimiéndose, dominándose. A María.)* ¿Me has llamado?

RICARDO. *(Después de un instante de excitación.)* La condesa te ha visto desde la ventana, y... y... Verdaderamente, no comprendo por qué estabas paseando por la calle, en lugar de venir á recoger á tu señora... Es decir, lo comprendo perfectamente... Tal vez mi

criado te haya dicho que en casa no había nadie... Pero ha sido una equivocación muy extraña... Yo he salido; luego he vuelto á casa, por otra puerta... y la condesa ha entrado...

MARÍA. (*Tranquila y casi aparte.*) Por la ventana.

RICARDO. La condesa llegó á los jardines demasiado temprano, y como es tan impaciente, ha querido... ha querido... pues, sí... digo... que yo mismo... ¿comprendes?... yo mismo la he acompañado. Mejor dicho, no, no le he acompañado yo mismo verdaderamente, sino que la encontré... ¿Sabes donde? La encontré justamente...

ENRIQUE. Está bien... está bien... Te estás afanando para justificar á la condesa y justificarte tú... y no es preciso... Lo has dicho ya, ha sido una equivocación... Ni más ni menos... Ya lo hemos puesto en claro...

MARÍA. Por completo.

ENRIQUE. Y ahora no hay necesidad de ninguna otra explicación. Yo sabía perfectamente que María estaba aquí, y por eso he venido...

RICARDO. ¡Ah! ¿Lo sabías?

ENRIQUE. ¡Naturalmente!

MARÍA. Ricardo, mi gabán, mi manguito...

RICARDO. ¡En seguida! (*Busca el gabám y el manguito.*)

ENRIQUE. (*Acercándose á María y con voz ahogada y amenazadora.*) ¡Te mataré!

MARÍA. (*Muy bajito y de prisa.*) En casa. Aquí no. Mas te advierto que desde este instante ya no soy tu mujer.

ENRIQUE. ¡Así lo espero!

RICARDO. (*Perdiendo tiempo á propósito.*) Aquí está el gabán; ¿pero donde ha ido á parar el dichoso manguito?

MARÍA. (*Siempre en voz muy baja á Enrique.*) Mientras tanto, para que no hagas un papel ridículo... figuraré que estoy de acuerdo contigo... Compréndeme, ayúdame...

ENRIQUE. (*Con acento de ira y en voz baja.*) ¿Qué dices?

MARÍA. Ahora te hablaré de manera que él nos oiga...

RICARDO. (*Llevando en la mano el gabán y el manguito.*) ¡Ah! ¡Aquí está, por fin!

MARÍA. (*Levantando algo la voz para que Ricardo la oiga, aunque haciendo como que quiere hablar solamente á Enrique.*) ¡Finge mejor, no te rías... ponte más trágico...

RICARDO. (*Con un movimiento de estupor. Aparte.*) ¡Qué! (*Larga pausa.*)

MARÍA. ¡Con que!... ¿Ricardo?...

RICARDO. (*Mirándola sorprendido*) A sus pies, condesa...

MARÍA. (*Poniéndose el gabán.*) Ayúdeme usted por favor...

RICARDO. (*Ayudándola, le dice con voz apagada.*) Tengo buenos oídos. ¿Sabe usted?... Usted y su marido se han burlado de mí...

MARÍA. (*Sin alterarse y en voz baja.*) ¡Puede ser! (*Enrique observa que María y Ricardo están hablando secretamente y tiembla de ira.*)

RICARDO. (*Como antes.*) ¡Pero esto es demasiado!

MARÍA. (*Como antes.*) ¡Puede ser! (*En voz alta.*) Enrique, ¿nos vamos, eh?

ENRIQUE. (*Frío.*) Vámonos... (*María y Enrique se dirigen hacia el jardín.*)

RICARDO. Muchas gracias, condesa por el honor... que me ha hecho. (*A Enrique irónicamente.*) Y muchas gracias á tí también...

ENRIQUE. ¡¿A mí?!

RICARDO. (*Acompañándolos.*) Sí, sí, también á tí...

ENRIQUE. ¡Ricardo!

MARÍA. (*Sonriente, interrumpiéndole.*) No se moleste usted, Ricardo, no se moleste... Bastante le hemos molestado ya.

RICARDO. ¡Oh! ¡No es molestia ninguna! Al contrario... al contrario... al contrario... (*Estas últimas frases con muchísima animación.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

«Boudoir» en casa de la condesa. Tres puertas; dos laterales, una en el fondo; los espesos portiers, que ocultan casi las puertas, y los numerosos tapices dan al «boudoir» un aspecto de recogimiento y un aire de aristocrático confort.—Un elegante escritorio. Un diván muy bajo, largo y ancho. Sobre un veladorcito, un servicio para the *chaises-longues*, libros, enseres coquetones, espejos. Sobre una chimenea un gran reloj. Es de noche. El cuarto está tenuemente alumbrado por una lámpara cubierta con ancha pantalla de encajes, colocada cerca del diván.

ESCENA PRIMERA

MARÍA, luego el CRIADO.

MARÍA. (*Recostada en el diván, durmiendo. Tiene aún en la mano un libro abierto. El reloj da las nueve y media. María se despierta sobresaltada. Se pasa la mano por los ojos. Se levanta, respirando fuerte.*) ¡Auff! (*Se mira por un instante delante de un espejo. Viendo su imagen, hace un gesto de hastío. Vuelve á recoger el libro que tenía antes entre manos. Se vuelve á echar en el diván. Empieza á leer. De repente arroja el libro como si hubiese leido alguna sandez.*) ¡Ea! (*Cruza los brazos y se muerde los labios. El criado entra por la puerta del fondo, trayendo una carta sobre una bandeja.*) ¿Qué hay?

CRIADO. Esta carta...

MARÍA. (*La coge lentamente, mira el sobre. Se encoge de hombros con aire de aburrimiento y vuelve á dejar la carta cerrada sobre la bandeja.*) Póngala usted allí. (*Indicando un velador.*)

CRIADO. Señora condesa, el lacayo que ha traido la carta, me ha preguntado cuándo podía entregársela á usted.

MARÍA. (*Fastidiada.*) ¿Me la ha entregado usted ahora? ¡Pues ahora! (*El criado se va.*)

MARÍA. (*Se levanta, coge la carta. Rompe el sobre y lee fríamente, sin interés.*) «Condesa, hago una última tentativa... Huyo... Quizás piense usted que acudo al recurso vulgar de *un viaje*, para conmoverla. No. Mi proyecto es sólo el probar el viejo remedio. La terapéutica del amor no ha hecho muchos progresos, y aún ogaño «partir» significa curar. La pido, pues, permiso para verla por última vez. Me atreveré á ir á su casa, esta noche, á las diez en punto. ¿Me recibirá?...» (*Añade entre dientes.*) ¡Imbécil!... (*Abre un cajón del escritorio y luego, con la mano levantada, deja caer la carta y vuelve á cerrar. Inquieta y nerviosa toca el timbre eléctrico. Vuelve á presentarse el criado. Con excitación.*) El señor conde ¿está en casa todavía?

CRIADO. Está.

MARÍA. (*Un silencio.*) Dígale... dígale que le espero aquí para tomar el té. (*El criado se dispone á salir.*) Le advierto que no recibo á nadie, á nadie.

CRIADO. Está bien.

MARÍA. Exceptuando al señorito Ricardo, que vendrá á eso de las diez.

CRIADO. Está bien.

MARÍA. Pase usted en seguida mi recado al señor conde. (*El criado se va por la puerta de la izquierda. María se mira en un espejo y se arregla el peinado. Luego va á encender la maquinilla de té.*)

ESCENA II

María, Enrique. Este entra por la puerta por donde ha salido el criado; se detiene un momento en el umbral, como si no quisiera pasar.

María. Me felicito de tu presencia.
Enrique. (*Desde su sitio.*) Dudabas de que viniera.
María. ¡Quizá!
Enrique. Cuando me invita una dama soy bastante cortés para no enviarle mis escusas por conducto de un criado. Por eso vengo á presentárlelas en persona y hecho ya, me retiro con tu permiso.
María. ¿Y si yo no lo diera? Ya está en peligro la cortesía.
Enrique. No puedo permanecer aquí. Bastante hago. Vivo en la misma casa; como en la misma mesa. Sostengo una ficción de paz dedicada á la servidumbre. Cumplo las formalidades externas del matrimonio. Por decoro de ambos, porque nadie se entere de lo que acaso ignora, no he realizado el divorcio exterior. Pero estoy resuelto á mantener como hasta aquí el divorcio interior.
María. Pues el asunto actual pertenece al ministerio de relaciones exteriores. Almorzamos juntos, comemos juntos, ¿porqué no hemos de tomar el té juntos?
Enrique. ¿En la intimidad de tu boudoir?
María. ¿Intimidad? En la habitación donde recibo siempre á mis amigos.
Enrique. Es que yo desde hace bastante tiempo... no soy para tí ni siquiera un amigo.
María. Eres mejor todavía; eres un enemigo... que empie-

za á no serlo ya. ¡Adelante! ¿Qué haces ahí? ¿Qué estás mirando?

ENRIQUE. (*Avanzando y mirando en derredor.*) Es raro, es muy raro, lo que me está pasando al entrar en este cuarto después de dos meses...

MARIA. Dispénsame; después de dos meses y tres días... me defraudas; defraudas tu abstinencia...

ENRIQUE. No; he querido sencillamente someter á una prueba tu memoria...

MARIA. Método excelente para no someter á una prueba la tuya... Y ahora dime, ¿qué es eso que sientes entrando aquí, en mi «boudoir» después de dos meses y tres días?

ENRIQUE. No se...una agitación extraña... una impresión... casi de miedo...

MARÍA. ¡Miedo!

ENRIQUE. Si, algo como el miedo que sabrecoge á un niño al entrar en un cuarto obscuro.

MARÍA. Pero yo, ¿no soy el sol, acaso? ¡Me lo han dicho tantas veces!

ENRIQUE. Para mí la obscuridad es lo desconocido.

MARÍA. Lo desconocido es justamente lo que más atrae.

ENRIQUE. No obstante, sin invitación tuya no me hubiese atrevido...

MARÍA. ¿Ah, no?

ENRIQUE. No por cierto.

MARÍA. Sin embargo... ¿Cómo te lo diré? ¿No has advertido nada?...

ENRIQUE. ¿Qué?

MARIA. Que desde algún tiempo acá, te hago la corte.

ENRIQUE. ¡Tú!

MARIA. ¡Sí, yo, yo! Nunca has comprendido ni jota de ciertas cosas... (*Pausa. Prepara el té.*) Pues ¿qué más puede hacer una mujer? Estoy comiendo todos los días, puntualmente contigo; durante la comida entablo las conversaciones que más puedan agradar; procuro seguir todos tus gustos... pong

miel, mucha miel, como tú haces, sobre el pan tostado... Ya sabes que no puedo aguantar la miel, pero es el símbolo de la dulzura... y por eso me resigno á ella... En fin, algunas veces—delante de los criados, tan importunos, que están allí, más para mirarnos que para servirnos,—yo, por debajo de la mesa, dejo escurrir un pie hacia tí.

ENRIQUE. Condes...

MARÍA. ¡Qué «condesa!» Mi piececito se porta ni más ni menos que como el de una modistilla; ¿y tú? Tú no lo pisas con bastante fuerza... no, señor...

ENRIQUE. (*Tímido.*) Otra vez lo pisaré más.

MARÍA. ¡Ah! ¡Otra vez!... espero... que no hará falta... (*Sirve el té.*)

ENRIQUE. Gracias. (*Pausa. Saboreando el té.*) ¿Tomas té todas las noches?

MARÍA. (*Sorbiendo el té también.*) Todas las noches. (*Un silencio.*)

ENRIQUE. Yo también.

MARÍA. (*Ocultando mal su estado nervioso.*) ¿También tú?

ENRIQUE. Sí, en el club.

MARÍA. (*María va á recostarse cómodamente sobre el diván. Un silencio.*) ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Marí... Condesa!

MARÍA. ¡Si tú supieras!

ENRIQUE. ¿Qué?

MARÍA. ¡Cómo me aburro!

ENRIQUE. ¡Lo estoy viendo!

MARÍA. ¡Ayúdame á no aburrirme!...

ENRIQUE. Con mucho gusto... pero ¿cómo?

MARÍA. De una manera muy sencilla; no aburriéndote tampoco tú.

ENRIQUE. Es que yo no me aburro ni poco ni mucho.

MARÍA. Demuéstramelo...

ENRIQUE. (*Acercándose á ella, con menos timidez, pero siempre reservado y circunspecto.*) María, ¿á qué viene este lenguaje sibilítico que me confunde y me inquie-

ta? Te miro, te oigo hablar, y me pregunto: ¿quién eres? Tienes todos los atractivos de mi mujer, tienes su voz, tienes su semblante, tienes su nombre, eres igual á ella, y sin embargo no eres mi mujer. Yo, yo que me veo allí en ese espejo, cerca de tí, tan tímido, no me reconozco ya á mí mismo, no puedo reconocerme... pues indudablemente no tengo nada que ver con tu marido. ¿Quién eres, pues? ¿Quién soy yo? ¿Qué somos los dos?

MARÍA. Fíjate bien, pues te lo voy á decir todo de una vez. Nosotros somos... *(Acentuando las palabras.)* Somos un hombre y una mujer.

ENRIQUE. ¿Nada más? No es bastante.

MARÍA. *(Pausa.)* ¿Quieres tú ver si es bastante ó no?... *(Abriéndole los brazos.)* Tus brazos, aquí...

ENRIQUE. *(Conmoviéndose.)* María...

MARÍA. ¡Nada de conmociones!... ¡Se obedece y se calla! Aquí.

ENRIQUE. *(Abrazándola y exaltándose.)* ¡Sí, tienes razón; es inútil saber lo que somos ó lo que no somos; inútil perderse en distingos, inútil discutir...!

MARÍA. ¡Hombre, hombre! ¡Despacio ahora! ¡Despacio! No exageremos... Ya lo sé; es muy inútil todo lo que es fastidiosamente útil ó útilmente fastidioso. *(Mirándole de pies á cabeza.)* Está bien... He comprendido... he comprendido... *(Enrique se aleja un poco. María se levanta.)* ¿Quieres otra taza de té? *(Enri contesta negativamente con la cabeza. María toca el timbre; la doncella entra por la puerta del fondo. María le dice.)* Enciende las luces de mi cuarto... y espérame allí. *(La doncella cruza la habitación y se va por la puerta lateral de la derecha. Mirando con gracia á Enrique y como invitándole.)* Buenas noches...

ENRIQUE. ¿No nos veremos antes de mañana?

MARÍA. ¡Quién sabe!... *(Se dirige lentamente hacia su cuarto. Cuando está para entrar, se vuelve de repente y le llama secamente.)* ¡Enrique!

ENRIQUE. ¡Aquí estoy! *(Disponiéndose á entrar en el cuarto de María.)*

MARÍA. *(Con rapidez, casi con violencia.)* ¿Crees todavía que Ricardo haya sido mi amante?

ENRIQUE. *(Retrocede como si hubiese recibido un golpe en el pecho)* ¡María!

MARÍA. ¡Contéstame! ¿Lo crees todavía?

ENRIQUE. Pero...

MARÍA. ¡Contéstame!

ENRIQUE. La verdad; es una pregunta tan extraña...

MARÍA. ¿A la que no tienes el valor de contestar?

ENRIQUE. María... te lo ruego. No me preguntes eso...

MARÍA. *(Agitadísima.)* ¡No tienes el valor de contestar!... Pero tu contestación está en tu silencio, está en tu *cara turbada*, está en tu estupor... Te lo leo en los ojos... Y la contestación es esta: «Sí... sí...» ¡Tú crees todavía que Ricardo «ha sido» mi amante!...

ENRIQUE. *(Revelando su falta de serenidad.)* No...

MARÍA. Sí... lo crees... *(Exasperándose)* ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Lo crees así y haces las paces conmigo! Estás dispuesto á perdonarme... ¡más qué dispuesto! Ya me has perdonado. Lo crees así y me deseas y te dejas seducir por mí; te dejas seducir, evidentemente, como te dejarías seducir por una «mala mujer»; tienes el convencimiento de que yo «*he pertenecido* á otro hombre»... eso es, «de que he pertenecido á otro hombre», y sin embargo, ahí estás, tan humilde, esperando, como una *gracia*, que yo te abra las puertas de aquel cuarto, en donde fuimos marido y mujer. *(Más y más exasperada)* ¿Para qué sirve, pues, *mantenerme allá arriba, allá arriba*, en alto, siempre en alto? ¿Para qué sirve seguir siendo lo que soy, puesto que, para tí, en este momento, la peor de las hembras no valdría menos que yo? *(Pausa. Convulsa.)* ¡Ah! El día en que, haciendo oficios de polizonte, me encontraste enla casa de aquel fatuo, me amenazaste con-

matarme. Eso era demasiado; pero, en fin; admitidas tus desconfianzas, tus sospechas, hubiera sido más lógico que lo que estás haciendo ahora. ¡Y no me mataste, no! Sólo me pediste una justificación. ¡Justificarme! Justificarme cuando mi conciencia *se sentía más vencedora* que nunca. Justificarme. ¿De qué? ¿Por qué? ¿Con quién?... Tú no me mamataste, yo no me justifiqué. El divorcio te pareció un castigo para mí, y á mí me pareció un castigo para tí ¡y esperé! «Ya comprenderá—pensaba yo,—comprenderá que un amor como el mío, no puede haber peligrado, no puede haber sido vencido por ninguna tentación. Comprenderá que una mujer como yo no debe justificarse...» y esperaba—¡que tonta fuí!—esperaba salvarte y salvarme sin cometer una vulgaridad. ¿Pero ahora?... Ahora que á la ofensa de la acusación añades la ofensa de una ignominiosa transación, ahora renuncio ya á mis últimas ilusiones. Está bien; nos ahogaremos juntos en la vulgaridad. ¡Me justificaré!... Me justificaré... la verdad!—la honradez no se tira por la ventana como un trapo sucio!—Me justificaré, mi querido Enrique, y te daré hasta pruebas de que no he sido amante de aquel caballero...

E *(Ansiosamente).* ¿Pruebas?

M ¿Las quieres?

E ¿Y por qué razón no voy á quererlas? ¿Te extraña tanto que un marido ame á su mujer aun dudando de su fidelidad? Eso sería horrible, sería monstruoso, María—pero es humano; ¡y no soy el único marido que se encuentre en estas circunstancias! —créemelo. ¿Por qué no te maté aquel día? ¡Porque no soy de aquellos hombres que matan, y porque también reflexioné... que tú misma me habías mandado llamar; reflexioné que hubieses podido tal vez, ocultarte y no quisiste hacerlo; reflexioné

que la estratagema de simular una *burla* de acuerdo conmigo, no te hubiese ocurrido de no ser una estratagema verosímil... A pesar de todo...—lo confieso—seguí dudando!... ¿Quién puede tener la seguridad de haber *destruído* el germen de la duda en el corazón de un celoso?... Y lo que luego ocurrió en mí lo has comprendido... tan es verdad, que hace un instante me decías—en broma—*que me has hecho* la corte. ¡Es claro!... Obligado á verte todos los días, durante la ficción de una comida conyugal, poquito á poco he ido sintiendo la necesidad de ahogar las sospechas, de mentir conmigo mismo y de lograr otra vez, de un modo ó de otro, tu amistad...—qué se yo—tu afecto... ¿Había logrado convencerme de tu inocencia? No, no; pero la duda del engaño no era ya irreconciliable con el «deseo» de nuestra unión... Se había hecho indispensable el perdón, me parecía una debilidad, una bajeza, acaso... ¡pero no una culpa! Y puesto que me das la esperanza de poderme cerciorar luminosamente de tu inocencia; puesto que me ofreces pruebas de ella, ¿puedo tener la abnegación de rehusarlas? ¡Ah, no! ¡Eso es más fuerte que yo! María, quiero esas pruebas, las pido... Ten lastima de mí.

MARÍA. (*Con excitación siempre mayor.*) ¡Ah! ¿Las quieres de veras? ¡Aquí estan! (*Abriendo convulsamente el cajón del escritorio, saca en desorden muchas cartas. A Enrique.*) Toma estas pruebas... Léelas... Mira qué de cartas me ha escrito en dos meses, aquel caballero, á quien traté como á un niño... ¿Ha intentado desquitarse con la esperanza de conmoverme? ¿Abrigaba el propósito de vengarse? ¿Ha querido probarme que fué más enamorado que necio? ¿Se ha enamorado verdaderamente de mí? ¡A mí ni me importa, ni quiero saberlo! El hecho es, que he recibido una... dos... tres cartas por día...

El hecho es, que no he contestado nunca... El hecho es, que me parece ridículo y humillante tener que presentártelas para ser creída yo... yo, que algunas veces he leído esas cartas tan sólo para reirme, y que otras veces no las he abierto siquiera... (*Encendiéndose, agitándose, reprimiendo las lágrimas.*) Léelas... léelas... trágatelas... Alégrate de una vez, de mi fidelidad... Pero no te jactes demasiado de ella, no... ni te alegres demasiado... pues yo... pues yo... ¡pues yo no puedo más! (*Se deja caer sobre una silla y rompe á llorar copiosamente, Mientras María, con la cara oculta entre las manos, está sollozando, Enrique recoge las cartas; pero en seguida, turbado por las palabras y por el llanto de ella, reprime el ansia de leerlas. Se limita á mirar apresuradamente algunas, y después se las echa á toda prisa en el bolsillo. Su cara revela gran alégria. Poco á poco los sollozos de María cesan.*)

ENRIQUE. ¿Y por qué no me has mostrado estas cartas hasta hoy?

MARÍA. No podía justificarme bajo mi palabra; no me creías. Necesitaba pruebas fehacientes. Por eso le he dejado escribir y escribir para completar el legajo de pruebas documentales; el expediente de mi inocencia. Esta noche, hace media hora, acabo de completar la colección con su última carta y por eso hasta esta noche no he podido llamarte.

ENRIQUE. (*Cariñosamente*) ¡María!

MARÍA. (*Secándose los ojos y volviendo á su actitud altanera.*) ¡Ahora basta! ¡No hablemos más de ello!

ENRIQUE. ¿Puedo siquiera... pedirte perdón?

MARÍA. ¡No!... Porque de todos modos ya está *liquidada la cuenta*.

ENRIQUE. (*Titubeando.*) ¿Qué quieres decir?

MARÍA. Que he cumplido con mi juramento.

ENRIQUE. (*Abriendo desmesuradamente los ojos.*) ¿Cuál?

MARÍA. ¡Ah! ¿Ya no te acuerdas de nuestro pacto?

ENRIQUE. Tú quieres asustarme.

MARÍA. Quiero ser sincera. Te juré que el día en que me acusases de veras, me decidiría á engañarte también de veras...

ENRIQUE. María, por Dios, no volvamos á empezar...

MARÍA. ¿No me acusaste de veras? ¡Pues te debía un amante y lo he elegido y lo tendré!

ENRIQUE. (*En un arranque de estupor y de indignación.*) ¿Su nombre?

MARÍA. Búscalo.

ENRIQUE. ¡No es posible!.. ¡Ricardo no es y no puede haber otro!

MARÍA. ¿Quién lo dice?

ENRIQUE. Lo digo yo, que en todo este tiempo no he hecho más que espiarte.

MARÍA. ¡Siempre el mismo!

ENRIQUE. No he hecho más que seguirte, no he hecho más que averiguar... ¡Si existiera el amante yo, le conocería!..

MARÍA. ¡Así.. así... sois los maridos! ¿Vuestras mujeres os son fieles hasta el heroísmo? ¡Pues las creeis infieles! ¿Que os engañan de veras? ¡Pues estais ciegos!

ENRIQUE. (*Con ansiedad, terror y esperanza á la vez.*) Puesto que yo no sé encontrar á tu nuevo amante, ten siquiera el valor de acabar la confesión. (*Con fuerza.*) ¿Quién es? (*Un silencio.*)

MARÍA. (*Siempre muy séria, fria y altanera, se le acerca y cuando está muy próxima á él, le dice secamente.*) Eres tú. (*Severa.*) Oyeme y entiéndeme. Debía de escoger por amante á un hombre que me gustase, por lo menos, tanto como tú me has gustado. He buscado, y á pesar mío, he tenido que escogerte á tí. De ser la mujer de otro hombre, serías tú mi amante.

ENRIQUE. (*Con arranque.*) ¡Sutilezas! ¡Sutilezas! ¿Acaso no soy tu marido?

MARÍA. ¡Ah, no! He comprendido que no podía *ser infiel*, aunque lo quise desde que me acusaste... También comprendo ahora que no puedo ser tu mujer, desde el momento en que acabas de aceptar mi amor, creyéndome culpable. Por una cosa—óyeme bien, —has merecido mi infidelidad, por otra has merecido ser mi amante... Pero ¡¿marido?!... Ah, ¡no, no, no, no! ¡Marido... ya, jamás!
(El reloj da las diez.—Corto silencio.) *(Variando de asiento.)* Dentro de unos minutos, estará aquí Ricardo.

ENRIQUE. ¡Él! ¡Todavía él! *(Con furor.)* ¡Pero le haré arrepentirse de su insistencia!

MARÍA. No eres de los hombres que matan..., y además, serías injusto, pues á su misma insistencia debes las pruebas que deseabas.

ENRIQUE. ¿Espero que no le recibirás?

MARÍA. ¡Le recibiré!

ENRIQUE. ¿Justamente esta noche?

MARÍA. Justamente esta noche es cuando no necesito ya dejar de recibirle, como justamente esta noche es cuando no necesito ya guardar sus cartas, porque han hecho su efecto. ¿No quieres, pues, que se las devuelva?

ENRIQUE. Sí, con tal de que me devuelvas antes el abrazo que te he dado.

MARÍA. ¿Ahora?

ENRIQUE. *(Cogiéndole las manos.)* ¡Ahora!... ¡Ahora mismo!

MARÍA. ¡No!... ¡Déjame, Enrique!... El momento no es oportuno...

ENRIQUE. *(Intentando acariciarla y abrazarla.)* ¡Para quien no es el marido... todos los momentos son oportunos!

MARÍA. *(Haciendo como que quiere defenderse.)* ¡Enrique!... ¡Enrique!... ¿Qué haces?... ¡Me estás perdiendo el respeto!...

ENRIQUE. Empiezo á ser el amante, querida mía...

MARIA. No... no... espera...

ENRIQUE. ¡Ahora!... ¡Ahora!...

EL CRIADO. (*Anunciando.*) El señorito Ricardo. (*Viendo aparecer el criado, los dos se separan, contrariados. Pausa.*)

ENRIQUE. ¡Auf!... ¡Qué calor!...

MARIA. ¡Qué calor!... (*Al criado.*) Que pase. (*El criado sale.*) pronto; dame sus cartas y escóndete.

ENRIQUE. Me escondo, sí... pero en cuanto á sus cartas, te prometo que tienes que pagarme antes el rescate de ellas! (*Entra corriendo en el cuarto de María.*)

MARÍA. (*Corriendo detrás de él.*) ¡Enrique!... ¡Oye! ¡Oye!... (*Se va por la puerta de su cuarto, donde ha entrado Enrique.*)

ESCENA ÚLTIMA

RICARDO. LA DONCELLA. LA VOZ DE MARÍA.

RICARDO. (*De frak y corbata blanca y con una flor en el ojal, entra, casi saludando.*) Condes... (*No viendo á nadie.*) ¡Bueno!... (*Se encoge de hombros. Va á mirarse en un espejo y se atusa el bigote.*) (*La doncella sale muy turbada del cuarto de María y se adelanta á escena.*)

RICARDO. ¿La señora condesa?...

DONCELLA. La señora condesa está en su cuarto, y ruega al señor que espere...

RICARDO. ¿Tardará mucho?

DONCELLA. (*Siempre turbada y mirando hacia el suelo.*)... ¡Eh... no sé... no puedo decírselo!...

RICARDO. Esperaré... y dígale usted que no se moleste por mí... que no se dé prisa ninguna... que hago lo que guste... (*La doncella no se mueve.*)

RICARDO. Vaya usted, se lo ruego...

DONCELLA. Es que... la señora condesa me ha despedido, y me ha mandado «expresamente» que no vuelva á entrar en su cuarto, por ninguna razón...,

RICARDO. (*Muy extrañado*) ¿¡No entrar en su cuarto!?

DONCELLA. ¡Ni en éste!

RICARDO. ¿Le ha mandado á usted eso?... ¿Por si llegase alguna visita?

DONCELLA. Para cualquiera visita, la señora condesa tiene *jaqueca* esta noche.

RICARDO. ¿Y no la tiene?

DONCELLA. Está mejor que nunca.

RICARDO. (*Con alegría.*) ¡Eh!... (*Luego con afectada diplomacia.*) ¡Bien!... ¡Bien!... He comprendido... (*Despidiendo á la doncella, con el ademán.*) ¡Gracias! (*La doncella se va.*)

RICARDO. (*Aparte y emocionado*) ¿¡Es posible!?... Eh... ¡Quién sabe!... ¡Estas mujeres!... ¡Claro, el efecto de mi último *cartucho*: el viaje!... (*Tiene los ojos relucientes por la esperanza, y la fisonomía muy encendida*), y después de todo, ¿por qué no?... ¿Por qué no?... (*Tomando poco á poco aires de triunfador, se echa sobre una butaca.*)... ¡Eh!.. ¡Por fin!...

La voz de María. No... no, por Dios... ¡Enrique!... ¡No, no!... (*Luego una risita, como de persona á quien hacen cosquillas. Da un brinco en la butaca. Vuelve la mirada en derredor. Comprende, se levanta, y, poniéndose el sombrero, muy despacio, va por donde ha venido.*)

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA